

CAPITULO III.

COMERCIO (1).

§ I.—Los pueblos comerciantes de la Grecia.

Los Griegos no eran una raza comerciante. Como ejercían directamente la soberanía, los ciudadanos de Esparta y de Atenas tenían algo del orgullo que distingue á las aristocracias; les parecía que el hombre libre tenía un destino más noble que el del trabajo corporal; creían que los que ocupaban sus facultades en cosas pequeñas no eran capaces de grandes ideas (2). De aquí la preocupación general que consideraba las profesiones industriales como indignas de un hombre libre. Platon y Aristóteles, el filósofo del ideal y el filósofo de la realidad, cuyas opiniones son generalmente opuestas en todos los asuntos, están conformes en reprobar las ocupaciones manuales y el comercio. Aristóteles pone á los artesanos al mismo nivel que los esclavos (3). Platon abandona á los extranjeros las ganancias del comercio; el ciudadano que se dedicare á él comete una falta por la que es castigado (4). La esclavitud favoreció estas ideas; abandonaron los oficios á manos serviles, y aumentó el desprecio hácia los trabajos corporales. La ocio-

(1) HÜLLMANN, *Handelsgeschichte der Griechen*, 1839.

(2) DEMOSTH., *Olynth.*, III, § 32, p. 37.

(3) ARISTOT., *Polit.*, III, 3, 3: οὐ γὰρ οἷόν τε ἐπιτηδεύσαι τὰ τῆς ἀρετῆς ζῶντα βίον βάνανσον ἢ θητίκον. Los excluye de la ciudad (*ib.*, § 2).

(4) PLAT., *Legg.*, VIII, 847, A.

sidad era para el hombre libre como un título de nobleza (1). En Esparta, la ciudad modelo de los Dorios, toda especie de ocupación material estaba proscrita; los ciudadanos no vivían más que en la ciudad y para la ciudad; á los periecos y á los ilotas les incumbía la labranza de la tierra, el ejercicio de la industria y el tráfico (2). Los Atenienses, aún cuando debían su gloria á su poder marítimo, manifestaron siempre predilección por la vida del campo (3). No faltaba alguna insignificante república en que hasta la agricultura era considerada como deshonrosa (4). En Tébas una ley incapacitaba durante diez años para toda función á los que habían ejercido el comercio (5).

Los Griegos habían recibido una misión más alta que la de cambiar mercancías; estaban destinados á producir ideas. Pero la fecunda variedad del genio helénico se extendió aún á aquel terreno en que no estaba llamado á ocupar el primer lugar. Había ciudades y pueblos casi exclusivamente dedicados al comercio. El espíritu de aventura y de avaricia indujo á los insulares á la piratería, y ésta les enseñó la navegación. Varios pueblos adquirieron gran celebridad en esta carrera. Eusebio ha conservado un documento en el cual se da á diez y siete Estados el título de señores del mar (6). La vanidad griega, ayudada por la ignorancia, se formaba una singular ilusión respecto del poder de aquellas pequeñas repúblicas comerciantes; los Helenos no tenían la menor noticia de los atrevidos navegantes que, saliendo de Tiro ó de Cartago, recorrían todos los mares, y podían con más razón considerarse como sus dominadores. El pretendido imperio marítimo de los Griegos no se extendía más allá de los reducidos límites del mar Egeo (7).

El Asia Menor se anticipó á la Grecia continental respecto del

(1) HEROD., I, 167.—SÓCRATES decía que el descanso era el hermano de la libertad (AELIAN., V. H., X, 14).—Compárese más atrás, p. 64, nota 3.^a

(2) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, t. II, p. 20.

(3) THUCYD., II, 14.—ISOCRAT., *Areop.*, 234.

(4) A. Thespias. HERACLID. PONT., 42.

(5) ARISTOT., III, 3, 4.

(6) CASTOR., ap. EUSEB., *Chron.*, 36.

(7) HUET, *Historia del comercio y de la navegación*, p. 87.—PARDESSUS, *Coleccion de leyes marítimas*, Introduccion, p. XXVII.

comercio y de la navegacion. En el tiempo de su esplendor, Mileto fué, despues de Tiro y Cartago, la ciudad más comerciante de la antigüedad; tenía flotas de cien buques de guerra; sus relaciones se extendian á una gran parte del Asia. Los de Samos y los Focios se disputaban la gloria de ser los primeros navegantes de la Grecia. Los de Samos descubrieron la Iberia. La España era todavía desconocida para los Helenos. Herodoto dice que Coleus de Samos fué arrojado á sus costas por una mano divina (1). Precisa era, en efecto, la accion de la Providencia para obligar á los antiguos á traspasar las famosas columnas de Hércules, límite puesto á las empresas de los hombres por un dios aventurero por excelencia. Una vez abierto el camino, los pueblos se sintieron atraídos con fuerza irresistible hácia la inmensidad del Océano; no descansaron hasta que hubieron tocado en el vasto continente que por su importancia recibió el nombre de nuevo mundo (2). Los Focios aprovecharon el descubrimiento de Coleus; Herodoto llegó á atribuirles el honor de haber sido los primeros griegos que emprendieron largos viajes por mar y que hicieron conocer los mares Adriático y Tirreno (3). Marsella, su colonia, extendió la gloria del nombre focio.

Durante mucho tiempo la Grecia continental no tomó parte en el comercio. La invasion doria dió á los ánimos una inclinacion hostil al tráfico. Los orgullosos conquistadores despreciaban toda ocupacion que no fuera la de las armas; su ideal consistia en vivir en pequeñas ciudades, libres y aislados. Los insulares, obligados, por decirlo así, por su posicion, fueron los primeros que se dedicaron al comercio marítimo. Los Cretenses eran los más famosos entre los navegantes griegos; Estrabon los compara con los Fenicios. Cuando alguno fingia ignorar una cosa que sabía, se le decia: *los Cretenses no conocen el mar*. A ellos se dirigian todos los Griegos para adquirir noticias de las tierras lejanas que descono-

(1) HEROD., IV, 152; *θαίη πομπή χροόμενοι*.

(2) AL. HUMBOLDT, *Cosmos*, t. II, p. 176, 177.—GROTE, *History of Greece*, t. III, p. 375.

(3) HEROD., I, 163.—HERODOTO añade («y la Iberia»); pero la expedicion de los Focios fué posterior en 70 años á la de Coleus de Samos (UKERT, *Geographie der Griechen und Römer*, t. I, Secc. I, p. 40).

cian (1). Un héroe semifabuloso dió á los Cretenses el dominio del mar (2). Minos, dice Tucídides, era señor de la mayor parte del mar helénico, y dominaba en las Cicladas (3). La tradicion ha exagerado el poder marítimo de Creta; despues de Minos ya no se vuelve á hablar de su marina; no figura en la historia más que como una guarida de piratas.

Los Eginetas figuran tambien entre los pueblos que han tenido el dominio del mar (4), pero, como estaban inmediatos á Aténas, sucumbieron bajo sus poderosos rivales. De todas las ciudades griegas, Corinto era la que tenía la situacion más admirable para el comercio y la navegacion. Un orador griego representa el istmo como la morada predilecta de Neptuno (5). «Corinto, dice Montesquieu, separaba dos mares, abria y cerraba el Peloponeso, abria y cerraba la Grecia. Tenía un puerto para recibir las mercancías de Asia, y otro para recibir las de Italia» (6). Corinto llegó á ser el mercado comun y como la feria, no solamente de toda la Grecia, sino de la Europa y el Oriente. La mejor prueba de su importancia comercial está en la invencion de los pesos y medidas y en la construccion de las primeras triremes, que se le atribuyen (7). La vocacion de los Corintios fué el comercio; merecen ser llamados los Fenicios de la Grecia.

Los Atenienses vivieron cinco siglos sin sacar partido de su proximidad al mar; la tradicion nacional y la política de los antiguos reyes los mantenian alejados de la navegacion. Minerva y Neptuno, segun cuentan, se disputaron el patronato del Atica; la diosa enseñó á los jueces el olivo sagrado y venció (8). Temístocles inauguró una política nueva; queriendo poner su patria al frente de la Grecia, y conociendo que era difícil luchar en tierra con Esparta, abrió á la ambicion de los Atenienses la inmensidad de los mares. Aténas, en el magnífico vuelo que tomó durante las

(1) STRAB., lib. X, p. 331.—HEROD., IV, 151.

(2) HEROD., I, 171.—APOLLODOR., *Bibl.*, III, 1, 3.—DIODOR., V, 78.

(3) THUCYD., I, 4.

(4) HEROD., V, 83.—HÜLLMANN, p. 40.

(5) ARISTID., *Isthmic, in Neptun., Orat.*, t. I, p. 22.

(6) MONTESQUIEU, *Espiritu de las leyes*, XXI, 7.—HÜLLMANN, p. 47.

(7) HUET, *Historia del comercio*, p. 177.—THUCYD., I, 13.

(8) PLUTARCH., *Themist.*, 19.

guerras médicas, alcanzó de un golpe la supremacía en todas las cosas. Llegó á ser también la primera potencia marítima; sojuzgó á los Eginetas, se colocó á la cabeza de los Jonios y hasta sobrepusó á Corinto (1). Sin embargo, Montesquieu hace observar con razón que «los Atenenses no hicieron el gran comercio á que les brindaban el trabajo de sus minas, el número de sus marineros, su autoridad sobre las ciudades griegas, y más que todo esto, las bellas instituciones de Solon.» Esto consiste en que Atenas nunca pensó en hacer uso de su poder marítimo para extender su comercio; buscaba la gloria y no las riquezas (2).

§ II.—Extension de las relaciones comerciales de la Grecia.

Lo que Montesquieu dice de los Atenenses es aplicable á toda la Grecia; sus relaciones comerciales no fueron tan extensas como pudiera creerse al ver las costas de Asia, de Europa y de África ocupadas por los colonos griegos. Los establecimientos coloniales hubieran podido ser los puntos de apoyo de un comercio universal, si hubiera habido unidad en la dirección de los destinos de la Grecia. Por falta de esta dirección las ciudades quedaron abandonadas á su propia debilidad; su acción se limitó á una esfera muy reducida; apenas había relaciones entre la madre patria y las colonias lejanas. Marsella llegó á ser un centro de civilización para las Galias; pero no vemos que los Griegos hayan sacado partido de esta circunstancia para extender sus relaciones por el Occidente. Las repúblicas de la Gran Grecia adquirieron sus riquezas en un comercio limitado; apenas salió su navegación de los mares inmediatos (3). Cirene, que parecía abrir un nuevo mundo á la actividad de un pueblo comerciante, quedó aislada como un oasis en los desiertos del África.

Las relaciones con el Egipto fueron más activas; sin embargo, la

(1) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, § 91, t. II, p. 32.

(2) BARTHÉLEMY, *Viaje del joven Anacarsis*, c. 55.

(3) PARDESSUS, *Colección de las leyes marítimas*. Introducción, p. XXXI.

política tuvo en ellas por mucho tiempo más importancia que el comercio. Bajo el reinado de Psamético la piratería puso á la Grecia en relación con el Egipto; pero hasta el siglo VII antes de nuestra era no se fijaron en el Imperio de los Faraones los Griegos de las islas y del Asia (1). Los lazos de hospitalidad que existían entre Policrates, tirano de Samos, y Amasis, rey de Egipto, han adquirido celebridad; suponen comunicaciones frecuentes entre ambos pueblos. Amasis mostró mucha amistad á los Griegos; permitió á los comerciantes que edificaran ciudades y erigieran templos á los dioses de la Grecia (2). Los Griegos devolvieron entonces á los Egipcios los beneficios que habían recibido de ellos en otro tiempo, según su tradición. Nunca resplandeció más la influencia de la libertad sobre las relaciones comerciales y sobre la riqueza pública. La raza activa de los Helenos infundió una vida nueva á aquel pueblo viejo y próximo ya á su decadencia; veinte mil ciudades florecieron en el fértil valle del Nilo. Una colonia griega fué la que produjo este inmenso movimiento. El comercio egipcio no formaba más que una pequeña parte de las inmensas relaciones de los de Mileto; fundaron establecimientos en las costas del Mar Negro al mismo tiempo que en el reino de los Faraones; traficaban á la vez con los Escitas y con los Sármatas, con los habitantes de Etiopía y de la Libia (3). La unión entre el Egipto y la Grecia se hizo cada vez más íntima, hasta que el reino de Sesóstris pasó á manos de los generales de Alejandro.

El comercio marítimo de los Griegos se dirigió principalmente hacia el Helesponto y el Ponto Euxino (4). Una parte de la Grecia no producía el trigo necesario para la subsistencia de sus habitantes; los comerciantes iban á adquirirlo en la Ukrania, celebrada ya entre los antiguos por sus cereales. El comercio de pieles atraía también á los Helenos al país de los Escitas; pero el objeto más considerable de su tráfico eran los esclavos; los países situados al norte y al levante del Mar Negro tenían el triste pri-

(1) HERÓD., II, 152, 154.—HÜLLMANN, p. 126 y sig.

(2) RAOUL-ROCHETTE, *Historia de las colonias*, III, 310.

(3) CURTIUS, *Griechische Geschichte*, t. I, p. 343-347.

(4) PARDESSUS, *ib.*, p. 30.

villegio de surtir á la Grecia de carne humana (1). Las colonias fundadas en las desembocaduras del Tanais y del Ister abrieron á los Griegos los vastos países que riegan aquellos rios. Este comercio fué el que enriqueció á Bizancio; Polibio dice que fué la bienhechora de la Grecia, sirviendo á la vez de lazo de union con los Bárbaros y de valla contra sus ataques (2). El comercio imprimió un movimiento increíble á las poblaciones del Norte; un historiador habla de la reunion de trescientas naciones que hablaban lenguas diferentes, y no podemos acusarle de exageracion, porque los Romanos se servian de ciento treinta intérpretes para negociar con ellas (3). El Ponto Euxino no era el último término de los viajes de los comerciantes griegos. Herodoto nos dice que penetraron en la Gran Mongolia (4). Sin embargo, ántes de la expedicion de Alejandro la Grecia no tomaba una parte directa en el comercio de la India (5); las conquistas del héroe macedonio produjeron una revolución en las relaciones comerciales lo mismo que en las relaciones políticas.

Plutarco nos ha suministrado la historia un tanto novelesca de la fundacion de Alejandría: se dice que Homero inspiró á Alejandro la eleccion del sitio en que se erigió la capital del Egipto (6). Era más que la inspiracion de un poeta; en aquella grande obra se descubre la mano de Dios. Montesquieu hace observar con ra-

(1) HEEREN, *Idées*, t. II, p. 331-333.

(2) STRAB., lib. XI, p. 340.—POLYB., IV, 38, 6, 10.

(3) PLIN., H. N., VI, 5.—STRAB., lib. XI, p. 343.

(4) HEROD., IV, 24.—No puede determinarse con exactitud hasta dónde se extendía el comercio directo de los Griegos. Véase UKERT, *Geographie der Griechen und Römer*, t. III, 2.ª seccion, p. 258-261.

(5) HEEREN, *De mercatura Indica ratione et viis* (COMMENT. SOCIÉT. GOETTING., t. XI, p. 64-70).—Compárese UKERT, t. III, 2.ª seccion, p. 263.

(6) PLUTARCH., *Alex.*, 26.—Después de haber conquistado el Egipto, Alejandro formó el designio de construir allí una grande y populosa ciudad que llevase su nombre. Había ya trazado el perímetro, según los consejos de los arquitectos, cuando por la noche tuvo una vision maravillosa. Creyó ver detenerse cerca de él un anciano con los cabellos blancos, y pronunciar estos versos de la *Odisea*: «Más allá hay una isla, en el mar de tumultuosas ondas, sobre la costa del Egipto: se llama Pharos.» (ODYSS., IV, 354). En seguida se levantó y se fué á ver Pharos; quedó encantado de su admirable situacion. «Homero, dijo, ese poeta divino, es tambien el más hábil arquitecto», y mandó que se hiciese un plano de la nueva ciudad conforme á la situacion del lugar.

zon que Alejandro no pensó en el comercio con el Oriente; solamente el descubrimiento del mar de las Indias podia suscitar este pensamiento; ahora bien; los comerciantes de Alejandría no frecuentaron el camino marítimo de la India hasta la época de la dominacion romana (1). El instinto divino del genio fué, pues, el que guió al célebre conquistador. El Egipto estaba destinado á ser el lazo de ambos mundos. Está en comunicacion por un lado con el Asia por el Mar Rojo; el mismo mar y el Nilo le abren la Etiopía y el África; el Mar Mediterráneo lo pone en relacion con el Occidente y el Norte. El Egipto, dice el autor del *Espíritu de las Leyes*, es el camino del universo.

Los Tolomeos siguieron las huellas del gran conquistador. Trabajos gigantescos demuestran su solicitud por el comercio y la navegacion. El faro «erigido á los dioses salvadores» mereció ser contado entre las maravillas del mundo (2). Los Faraones habian ya concebido y ejecutado el proyecto de unir el Golfo Árabe con el Mediterráneo (3); el canal, abandonado en la época de la decadencia del Egipto, fué reparado por Filadelfo. Abriéronse caminos que pusieron en comunicacion el Nilo y el Alto Egipto (4). Los Egipcios dominaban en el Golfo Árabe y en las costas orientales del África; los Tolomeos fundaron allí un gran número de colonias (5). Se admiraron de encontrar ruinas de establecimientos fundados por los antiguos reyes; los reconstruyeron y les dieron nombres griegos. Al restablecer las comunicaciones con el Mar Rojo, el objeto de los Tolomeos era asegurar al Egipto, el lucrativo comercio de la India (6). Los navegantes no aprovechaban todavía el camino señalado por la naturaleza misma en-

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXI, 8, 9.

(2) STRAB. XVII, p. 544.—PLIN., H. N., XXXVI, 12.—La marina militar, que habia llegado á un grado de fuerza de que no habia habido ejemplo, protegía el comercio contra los enemigos y los piratas (HUET, *Historia del comercio*, p. 107).—Compárese SCHMIDT, *de Commercibus et Navigationibus Ptolomæorum* (Disertacion coronada en 1762 por la Academia de las Inscripciones).

(3) HEROD., II, 158.

(4) SAINT-MARTIN, *Biografía universal*, en la palabra *Ptolémée Philadelphie*.

(5) DROYSSEN, *Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 731-745.

(6) FLATHE, *Geschichte Macedoniens*, t. II, p. 466-479.—HEEREN, *de Mercatura Indica ratione et viis* (Comment. Soc. Goett., t. XI, p. 80-90).

tre Oriente y Occidente por medio de los monzones; las relaciones directas entre la India y el Egipto, de que se conservan algunos vestigios, eran escasas y no tenían influencia sobre el comercio general. Pero desde la más remota antigüedad el Egipto estaba en comunicacion con la India por medio de la Arabia Feliz; los Árabes, navegantes atrevidos, iban á buscar los productos indios y los trasportaban á las costas africanas. Este tráfico adquirió nueva actividad bajo los Tolomeos; despues del descubrimiento de los monzones el Egipto llegó á ser, bajo la dominacion romana y en la Edad Media, la factoría del comercio de ambos mundos. La colonizacion y el comercio ejercieron en África, como en todas partes, una influencia civilizadora; propagaron al mismo tiempo la lengua, los usos y la religion de los Griegos. Gracias á esta generalizacion de la lengua del Evangelio, el cristianismo tardó bien poco en penetrar en la Abisinia, en donde dura todavía: tal vez será algún dia un principio de progreso para aquella parte del mundo tan difícil de abordar para la civilizacion (1). La humanidad es deudora de todos estos beneficios al genio de Alejandro, que introdujo en Egipto la cultura helénica; despues de él, la posteridad reconocida debe recordar á los primeros Tolomeos, que continuaron por medios pacíficos la obra del héroe macedónico.

Los Seleucidas rivalizaron con los Egipcios; envidiosos del poder de Alejandría, quisieron proporcionar á sus súbditos las ventajas de las relaciones con el Oriente que enriquecian á los Tolomeos (2). No consiguieron arrebatár al Egipto el comercio con que le favorecia su posicion geográfica; pero continuaron por tierra sus comunicaciones con la India (3). Seleucia llegó á ser el centro de un tráfico considerable con el norte del Asia: era la Alejandría del Oriente (4).

(1) Sobre la propagacion de la lengua griega en Abisinia, véase á LETRONNE, en el *Journal des Savants*, 1825; y sobre el establecimiento del Cristianismo, NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 343.

(2) PARDESSUS, *Coleccion de las leyes marítimas*, Introduccion, p. XLIII.—SAINT-MARTIN, en la *Biografía universal*, en la palabra *Seleucus*.

(3) HEEREN, *de mercatura india ratione et viis* (*Comment. Societ., Goetting.*, t. XI, 73-80).

(4) HÜLLMANN, p. 237.—DROYSEN, *Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 63.

Bajo los sucesores de Alejandro el comercio del mundo estuvo casi exclusivamente en manos de la raza helénica. Tiro no se rehizo del golpe que sufrió con la fundacion de Alejandría. Cartago no tuvo más fortuna que su metrópoli: apenas pueden reconocerse los lugares ocupados por la reina de los mares. Marsella sacó partido de su destruccion. Las ruinas iban en aumento. Corinto fué víctima de la barbarie romana. Bajo el imperio macedónico se habia desarrollado una nueva potencia comercial; Rodas, gracias á su feliz situacion y á la prudencia de su política, alcanzó rápidamente una gran prosperidad. La ruina de Corinto y la decadencia de Tiro la dejaron sin rival en los mares de la Grecia. Rodas decayó á su vez, pero su nombre se inmortalizó: las reglas del derecho mercantil, formuladas por sus comerciantes, fueron adoptadas por los jurisconsultos de Roma y pasaron á la posteridad como razon escrita (1).

El comercio en manos de los Griegos fué, más que en las de Tiro y Cartago, un elemento de progreso: los Helenos, raza de artistas, propagaban las ventajas de su civilizacion al mismo tiempo que trasportaban sus mercancías. No quiere esto decir que la moralidad de los comerciantes de la Grecia fuese superior á la de los Fenicios; Demóstenes no vaciló en censurarlos desde lo alto de la tribuna, diciendo que un hombre probo en las transacciones comerciales era un prodigio (2). La Grecia estaba tan poco penetrada del sentimiento de la justicia que debe presidir á las relaciones humanas, que confundió en uno el dios del comercio y el de los ladrones (3). Pero al lado de este indigno concepto, los Griegos tuvieron un presentimiento instintivo de la gloriosa mision del comercio. Mercurio es el amigo del género humano; de todos los dioses es el que se manifiesta más benévolo con los hombres, los acompaña en sus viajes, les abre camino; sus estatuas,

(1) HÜLLMANN, p. 253.—PARDESSUS cree que Rodas tomó su legislacion comercial de los Fenicios (*Coleccion de las leyes marítimas*. Introduccion, p. XXIX).

(2) DEMOSTH., *pro Phorm.*, 44, p. 957.

(3) Mercurio enseña á los hombres el arte de engañarse unos á otros. Los poetas lo representan viajando en un carro lleno de mentiras y de astucias; llegan hasta á llamarle el rey de los ladrones (BROUWER, *Historia de la civilizacion moral y religiosa de los Griegos*, t. V, p. 316).

colocadas en los caminos, defienden á los viajeros de todo peligro ; es el protector de los extranjeros, su proxena celeste (1). Por último, Mercurio es un dios esencialmente pacífico (2) : rara vez toma parte en los combates, y cuando aparece en ellos sus armas son inofensivas (3). ¡Símbolo poético de la mision providencial del comercio! Tiempo vendrá en que Mercurio se despojará de su grosera vestidura, y entónces aparecerá el dios en todo su esplendor ; amigo de los hombres, los unirá con los dulces lazos de la paz y de la concordia.

(1) PRELLER, *Real Encyclopädie der Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Mercurius*.

(2) Baco «ama la alegría de los festines, es amigo de la paz, divinidad bienhechora que proporciona la riqueza y puebla la tierra.» EURÍPID., *Bacchus*, v. 418 y sig.

(3) Segun una tradicion referida por PAUSANIAS (IX, 22, 2), ayudó á los Tagnagrios á rechazar á los Eritreos que los habian atacado, pero sin más armas que el peine de que se servian los jóvenes en el baño (στλέγγι).

CAPITULO IV.

GEOGRAFÍA.

§ 1.—Conocimientos geográficos de los Griegos.

La raza helénica se dispersó por todo el globo. Tardó poco en establecerse en Oriente ; las relaciones formadas por las colonias recibieron una gran extension con la guerras médicas primeramente, y despues con las conquistas de Alejandro. El Asia se hizo griega hasta la Bactriana ; en las márgenes sagradas del Ganges y del Nilo se fundaron ciudades y reinos griegos. Cirene abria el Africa á los viajeros. Muchos establecimientos en el Occidente y en el Norte estaban en comunicacion con los Bárbaros. ¿Correspondian los conocimientos geográficos de los Griegos á la extension de aquellas relaciones?

Oriundos del Asia, los Helenos conservaron como un sello del genio oriental, genio inclinado á lo maravilloso y que puebla el mundo de seres y de países imaginarios ; su mayor felicidad consistia en escuchar cuentos y fábulas, y admitian como verdaderas todas aquellas narraciones que impresionaban su imaginacion (1). Otra causa más contribuyó á dar un color fabuloso al conocimiento de la tierra. El hombre experimenta una necesidad irresistible de perfeccion. Como no tenian conciencia de la perfectibilidad huma-

(1) DION. CHRYS., *Or.*, XI: τούτου δὲ αἴτιον ἔργον εἶναι, ὅτι φιλήθονοι εἰσιν ἡ Ἕλληνας. ἃ δ' ἐν ἀκούσῳσιν ἡδέως τινός λεγονταί, ταῦτα καὶ ἀληθῆ νομίζουσι.—C. ARISTOT., *ap. ATHEN., Deipnos*, I, 10.